

Memorias de Giacomo Leopardi en la literatura argentina

Adriana Crolla

(Profesora en Letras - FHUC/UNL)

En mi tarea docente, buscando encontrar fórmulas generalizadoras que colaboren en los procesos de construcción del saber de mis alumnos, me gusta subrayar cómo toda vez que el imaginario colectivo transforma el apellido de un poeta en atributo, se está patentizando la trascendencia de ese nombre en tanto define no sólo una singular forma de ver y pensar la realidad sino que opera como resumidor de un sentir universal.

Decir dantesco, borgeano, leopardiano, no es sólo definir los atributos de una personal palabra poética sino caracterizar la forma como la emergencia de esta nueva palabra ayuda a ver más y mejor, a expresar, lo que ningún otro antes había podido verbalizar.

Y es esa misma atribución la que eterniza, la que hace clásica una voz porque, como afirmó Calvino, “Un clásico es un texto que nunca termina de decir lo que tiene que decir. Es aquel que nos llega llevando las huellas de las lecturas que precedieron a la nuestra y tras de sí, la huella que ha dejado en las culturas que ha atravesado. Es aquél que no puede ser indiferente y que te sirve a ti mismo en relación y tal vez en contraste con él”.

Miguel de Unamuno, primer traductor de Leopardi y a través de quien entra vigorosamente su obra en la lengua castellana, confesó en un libro de su vejez que cuando partió al exilio obligado por la dictadura de Primo de Rivera, se llevó consigo tres libros: el *Nuevo testamento*, *La Divina Comedia* y *Cantos* de Leopardi.

Qué le aportó la poesía leopardiana al insigne salmantino en sus tediosas y dolorosas horas de exiliado, seguramente la lucidez para encontrar la consolación de sus vicisitudes históricas frente a esa tragedia universal que es la vida, y que sólo la ilusión, con su cuota de consolación, ayuda al hombre a soportar.

Afirmó Leopardi en su *Zibaldone*: “Pare un’assurdo e pure è esattamente vero, che, tutto il reale, essendo un nulla, non v’è altro di reale nè altro di sostanza al mondo che le illusioni”. (Leopardi 1999:90)

Y ello nos lleva a preguntarnos cómo se fue constituyendo a través de las sucesivas generaciones la manifiesta clasicidad de Leopardi. Pues sabemos que las lecturas que su obra generó a través de los 200 años que nos separan de su nacimiento, no fueron siempre las mismas.

La primera generación de lectores se construyó un Leopardi romántico. En una lúcida evaluación, De Sanctis y Flora afirman que –aunque el autor fuera un adversario declarado del Romanticismo a causa de su formación humanista, mucho más cercano al pensamiento presocrático y al sensualismo helenístico– por su fidelidad a la tradición nacional fue leído, paradójicamente por sus inmediatos contemporáneos como el más grande de los románticos italianos.

Leopardi es un erudito y su extenso diario de vida y pensamiento *Lo Zibaldone*, así como los *Cantos* (su manifiesto lírico) y las *Operette Morali* dan cuenta de una

pertinaz necesidad de desentrañar, en la más dolorosa y asumida de las soledades, los grandes temas y problemas de la existencia: la vida, el amor, la naturaleza, el destino y la muerte, la superación de la inmediatez de lo contemporáneo y lo coyuntural.

Pero, como emergente de su época y profundo enamorado de la tradición, no pudo dejar de enunciar en dos de sus *Cantos*, aunque fugazmente, su postura cívica. En “All’Italia” y “Per il monumento di Dante”, resume su imposible deseo de una decidida acción heroica en los italianos y un llamado a la energía nacional. Textos que sin que el propio poeta lo pensase serán leídos como manifiestos políticos y se convertirán en anunciadores del Risorgimento de la década posterior.

Porque así es el fatal destino de los poetas. Una vez petrificados en los fríos plomos de Guttemberg, dejan de ser dueños de su propia obra, la que comienza a instaurar un diálogo con sus lectores que en muchos casos contradice la inicial voluntad del creador y cuanto más universal y profunda es la palabra instaurada, más y variadas resonancias encontrará en su paso por las diferentes generaciones y épocas.

Leopardi, que careció de la fuerza física y vital y que descreyó de las posibilidades revolucionarias y modificadoras de la acción social, fue leído por la Italia inmediatamente posterior como un espíritu del *Risorgimento* o del sentimiento nacional italiano.

Antonio Tabucchi agrega otras notas a esa pertinaz mutabilidad de la recepción de la palabra leopardiana al señalar cómo los intelectuales de principios del siglo XX prefirieron su metafísica y el marxismo italiano de la posguerra lo elevó a la categoría de portavoz de una utopía libertaria mientras que los postsaussurianos, privilegiando el significante, lo definieron como el más “puro pensamiento poetizante” de Occidente.

Hoy, como lo expliqué cuando participé como invitada especial en un congreso que se realizó en Agrigento,¹ donde se analizó la presencia de la obra de Leopardi en Pirandello, podríamos descubrir en sus pensamientos y particularmente en sus *Operette Morali*, un Leopardi más ligado a nuestra sensibilidad, con más humor que el que tradicionalmente se le ha permitido. Más cercano

a nuestro escepticismo contemporáneo y a un nihilismo enunciado irónicamente que es lo que caracteriza el sentimiento del contrario pirandelliano.

¿Qué derrotero experimentó la obra de Leopardi en Argentina?

La cultura italiana como fenómeno histórico y social fue trasplantada a nuestra tierra en los recuerdos, costumbres y dialectos de la inmensa cantidad de italianos que emigraron a la Argentina en grandes oleadas. Esta fuerza étnica provocó cambios sustanciales en el esquema social autóctono (indio-hispánico) dando origen a lo que se conoce como Pampa Gringa.

Sin embargo, la influencia de lo italiano en la literatura argentina, durante largos períodos, no será tan evidente como el aporte francés. El influjo italiano es más sutil y difuso, se trata de una verdadera corriente sanguínea que alimenta como una red subterránea de savia nutriente, la obra de la mayor parte de nuestros autores, en muchos casos sin que ese sustrato sea visible en la superficie. El habla argentina, sus costumbres, su narrativa, lírica y teatro están impregnados de esa influencia y basta sólo un análisis atento para hacer manifiestas esas huellas.

Es por ello que, analizando la presencia de la literatura italiana en nuestros escritores y particularmente de Leopardi en los intelectuales argentinos, la prof. Gloria Galli afirma que “su influencia entre los jóvenes argentinos será pálida y tardía. Nos referimos a los jóvenes de fines de siglo y primeros años del S. XX, que en una actitud pesimista compartieron la visión del mundo explícita en la obra de Leopardi”. Desde entonces sus páginas serán “rescatadas por valiosos críticos, no por los cantos patrióticos sino por su desolada poesía”. Y cita un lúcido ensayo publicado por Nella Pasini en la revista *Nosotros* en Buenos Aires en 1937 donde la intelectual italiana remarca la universal trascendencia de la palabra leopardiana:

“Por su extraordinaria disposición para entender a través del propio dolor del mundo, por esa su ca-

1) Crolla, A: “Il sentimento del contrario in Leopardi e Pirandello”. Ponencia presentada en carácter de profesora invitada al Encuentro: “Leopardi nella città di Pirandello”, Agrigento, Sicilia, 20-22 de noviembre de 1998.

pacidad de trascender lo individual a lo universal y cósmico, la poesía de Giacomo Leopardi habría de trasponer los límites de una nación y de un siglo para convertirse en una nota del poema eterno”.

Durante la primera mitad del siglo XX fue manifiesto el fervor hacia sus cantos y en especial a su poema más famoso: “El infinito”, varias veces traducido y comentado por intelectuales argentinos de la talla de Carlos Obligado, Jorge Max Rohde, Roberto Giusti, Ezequiel Martínez Estrada, Angel Battistesa.

Más cercano en el tiempo, un claro ejemplo de recepción productiva es la trasposición del primer verso de “La sera del dí di festa”: “dulce y clara es la noche, y sin viento”, recurrentemente repetido por el protagonista de la novela *Después del día de fiesta* (1994), de Griselda Gambado: Tristán, quien remeda a Giacomino y la relación que el reccanatense instauró con su hermana Paolina, los padres y la casa, la infernal y asfixiante experiencia vital de Leopardi en la Recanati natal.

En nuestra zona, no encontramos menciones explícitas de su presencia en los poetas de la primera generación que, superando el doloroso silencio de los primeros colonizadores, empezaron a amasar con sus voces la epopeya de la gesta gringa que sus padres y abuelos habían realizado en el trabajo cotidiano de la siembra.

Sin embargo, el magma nutricio de la italianidad, la lúcida autoconciencia de sí y de su escritura que Leopardi inaugura por oposición a la inocencia del concepto de inspiración romántica, está presente en nuestros autores, en especial en José Pedroni. Si bien su poesía, por oposición al pesimismo leopardiano, manifiesta un marcado amor a la vida, a la fraternal naturaleza y un triunfal optimismo por la conquista de la tierra, una lectura más profunda de su obra da cuenta de una subliminal tristeza que surge de un fraternal reconocimiento del dolor existencial.

Jorge Isaías, otro gran poeta de nuestra tierra hablando de Pedroni afirmó:

“Los hijos y nietos de esos inmigrantes heredamos tal vez esa tristeza, (que estaba) no sólo en el temblor de los ojos y la boca sino también en algo que acumulaban en el pecho, o en los ojos de esplendor de los antiguos narradores, en esa emoción que suscita la contemplación de la llanura”.

Esa interminable llanura que ha incitado a cantar la penosa historia de los trabajos y los días y el indómito paisaje que millares de manos fueron poco a poco domando. Una naturaleza tan particular por nueva porque *todos los días son iguales donde florece el lino* pero que se hizo carne para que los poetas vinieran luego a atestiguarlo con sus cantos, como el reccanatense inmortalizó su tierra natal.

Isaías también enunció “El artista es un ser histórico y se acredita como tal en la medida que devuelve en belleza el dolor y la esperanza de su tiempo”. Y, en 1953, en ocasión de un homenaje que se le realizara por cumplirse sus primeros 30 años con la poesía, Pedroni realizó el siguiente análisis metatextual de su obra:

“Felizmente yo nunca he hecho literatura para mi consuelo o recreo, y no he vivido de espaldas a mi pueblo, sino con él y en su drama. Enamorado del hombre y de todo cuanto él mira y toca, me he movido siempre en cuerpo y alma con la muchedumbre; y de este permanente enlace he llegado a producir una obra de contenido humano y social donde el pueblo se encuentra a sí mismo y otorga la única gloria a la que aspiro: la de verlo cómo se apodera de mi canto y cómo empieza a destruir mi nombre”.

Otro importante poeta de nuestra zona, el rafaelino Mario Vecchioli es quizás de esa generación el más explícitamente ligado a la matriz leopardiana, si no en su pesimismo sí en su “marchigiana” manera de aprehender lo real. No sólo por ser hijo de un marchigiano (su padre era oriundo de Camerino, Ancona), sino porque en 1913 su padre lo llevó junto a su hermano menor Nolfo a la ciudad de Osimo para que estudiara durante los 10 años siguientes en el Collegio Convitto Campana.

Interno en este austero colegio recibió Vecchioli una fuerte formación humanista y un alto nivel intelectual digno de la más antigua tradición italiana y local.

Su estadía en la península le permitió frecuentar varias veces Recanati y conocer la casa y la biblioteca del gran poeta. Una muestra de su admiración fue el apropiarse de la norma para la propia enunciación poética; en su obra se repite la palabra *Canto* porque pretende –como Leopardi– transformar en alquimia poética la experiencia de la vida e ilusión. Eso es el amor para Vecchioli: una sutil erótica verbal que se corporiza en la transmutación de la palabra.

La luna, *insolando de blanco*, la ilusión perdida, es una compañera permanente en la poesía del rafaélino:

“Se han callado en la hierba los grillos.

Todo, todo está blanco de luna,
yodo brilla con brillo de vidrio.

En la noche de cal y algodón,
luna, luna y más luna, más luna

....Y en tu clara ilusión y la mía,
insoladas de luna!”.

De la segunda generación de poetas, aquellos que adquieren notoriedad en las décadas de 1960 y 1970, no podemos dejar de rescatar la personalísima voz local: Lermo Rafael Balbi.

La necesidad de indagar y redimensionar los procesos históricos anteriores se liga en Balbi ya no a las formas épicas de los anteriores, sino a una marcada tendencia hacia la mirada intimista y mnemónica. Relatos con fuerte impronta autobiográfica (y también crítica) que pretenden erigirse en registro indagatorio y objetivo, voluntades que obsesivamente intentan neutralizar la ilusoria realidad por vía de tenaz ejercicio de la memoria.

Balbi, como Leopardi, hace una elección no sólo vital sino estética ya que la memoria, traducida en escritura, permite evocar a través de la palabra una realidad que frecuentemente coincide con el sueño. Introduciéndose en los laberintos de la memoria (individual en Leopardi, colectiva en Balbi), se niega el olvido pero también se construye la propia realidad en la infinita fabulación del recuerdo.

Para superar el desencanto de la fugacidad, de la imposible persistencia de las cosas, del deterioro y la pérdida, el desencanto y el dolor es conjurado en ambos poetas por la intimista introspección hacia las propias construcciones simbólicas que se traducen en particulares vivencias amorosas.

El Amor, la más potente de las pasiones humanas, y la ilusión que, según Leopardi, constituye la más verdadera fuerza vital, están en la base de la creación y del viaje por la memoria que ambos realizan. Y en ese viaje hacia lo infinito, la *siepe* del recanatense, como la Corda balbiniana, se constituye en los corazones centrales de una prisión superada, “naufragada” a través de la poesía.

De todos modos, en estas últimas generaciones es

cuando más se nota una lectura atenta y una cercanía de nuestros escritores respecto de Leopardi. No es raro encontrar que esta generación intermedia, e incluso con mayor ahínco los más jóvenes, venera una galería de autores en la que no falta nunca la presencia de Nietzsche y de Leopardi, dos filósofos de una lucidez grave que roza lo intolerable. Aunque en el caso de Leopardi, exista desde luego, más allá de sus reflexiones filosóficas, el rescate operado a través de la estética.

El poeta entrerriano Miguel Angel Federik explicita en varios poemas su identificación con el mundo de Leopardi. Cercanos a su misma generación, los poetas santafesinos Manuel Inchauspe, Estela Figueroa también elaboran una poesía de honda pesadumbre metafísica expresada a través de claras, netas imágenes cotidianas.

Finalmente, porque es nuestro y por nuestra personal admiración, y porque en su labor como traductor y poeta ha elaborado un fraternal diálogo con Leopardi, Enrique Butti cierra nuestro rápido y, por supuesto, incompleto panorama. De su obra narrativa mencionaremos dos ejemplos de cómo sus lecturas de Leopardi se han traducido en clara presencia hipotextual.

Butti reconoce que uno de los cuentos de su libro *Solfeo*, editado en México, tiene una directa inspiración leopardiana. El cuento se titula “Hermanos”; cuenta, en clave actual y local, el drama de reclusión claustrofóbica que Leopardi sintió en Recanati y su deseo de infinito. En este relato un joven en primera persona narra que se despierta en medio de la noche con la certeza de que “estaba ante la última oportunidad que se me ofrecía para escapar”. Cruza el dormitorio de los padres, con su ataúd matrimonial, llega al cuarto de su hermanita (la Paolina leopardiana) y se despide rápidamente; después finge salir a la calle golpeando la puerta de entrada y se esconde detrás de los muebles en el entretecho, en los roperos, iniciando “esta fuga que ya dura veinte años”.

El segundo es la maravillosa novela *Indí*, traducida al italiano y publicada en Italia con el título de *Pasticciaccio argentino* donde Butti elabora un relato ficcional de las experiencias vividas por otro insigne escritor italiano, Carlo Emilio Gadda, en su estadía como ingeniero en el Chaco durante la década de 1920.

En las primeras páginas intertextualiza una de las *Opere dottrinali*: el “Diálogo entre Cristóbal Colón y Pedro Gutiérrez”, donde Leopardi pone en boca de Colón una lúcida reflexión sobre la convicción de que sólo la acción y el

afrontar el riesgo del vivir puede constituir un antídoto eficaz contra la *noía*, el vacío y la inutilidad de la existencia.

Vista la vida como una navegación peligrosa, entre la inacción y el riesgo, el tedio y la acción, la aridez de lo real y la embriaguez de lo incierto, la elección no significa la conquista de lo desconocido, sino la propia superación de los límites y el abrazo exultante de todo lo vital. No obstante, escapar de una prisión (Recanati) es entrar en la gran prisión del mundo, convertirse en extranjero de la vida, como lo experimentó Leopardi en sus últimos momentos en Florencia.

Consoladora superación que Leopardi encontró en el mar de las palabras, en la maravillosa *Ginestra* (la poesía) que milagrosamente florece en el desierto del mundo, mientras el Gadda de Butti, portando consigo el magma nutricio de tradición, inicia con marcado escepticismo y parodiando la sabiduría leopardiana, la ilusoria aventura del nuevo mundo:

“Se interna con medio cuerpo en ese otro mundo húmedo y asfixiado de vaho, como Leopardi cuenta que los antiguos amantes infelices arrojándose al mar desde el peñasco de Santa Maura (que en aquel tiempo se llamaba Leucade) eran liberados por Apolo de cualquier pasión insoportable. Cínico Leopardi (que pone en boca de Colón toda esta historia) Toda navegación, dice entonces el Almirante, es a mi juicio un salto del peñasco de Leucade. Toda existencia. Particularmente la mía, que es la que más me interesa, retrucaba el ingeniero, bajando la rampa de las tablas inseguras del vapor Guarany... de un hemisferio y del otro, buscando el equilibrio, con la cesura en el medio, el hemistiquio, entre precipicios, a ambos lados, de aguas marrones”.

No quiero terminar sin hacer una rápida mención a la nueva relación que se está instaurando institucionalmente entre la obra de Leopardi y los más jóvenes, posibilitada en este caso en la inclusión de la literatura traducida en las nuevas propuestas editoriales, a partir de la reforma educativa implementada por la nueva Ley Federal de Educación.

Gracias a ello nuestros jóvenes pueden empezar a aprender a leer literatura traducida, impensable en la currícula anterior donde, por un recorte netamente lingüístico que determinaba el canon oficial de lecturas

y la selección de obras a incluir en los programas de enseñanza de la literatura, los alumnos aprendían a leer en su formación escolar sólo aquellas obras que habían sido producidas en español.

Un claro ejemplo de ello y esperamos que no sea el último es la propuesta del manual de Lengua y Literatura I para el Polimodal de Editorial Estrada, (1999) que incluye el poema leopardiano “A la luna”, en versión traducida por J. Beltrán, Barcelona, incluido junto a poemas de Blake, Shelley, Bécker, Victor Hugo y los argentinos Alejandra Pizarnik y Juan Gelman, en el capítulo “Experiencia y lenguaje en la poesía romántica europea y en la poesía argentina de mediados del siglo XX”.

Sería deseable que no sólo se multipliquen las lecturas de la obra poética de nuestro admirado Leopardi, inclusive para operar lecturas que ayuden a visualizar el particular clasicismo de su poesía y superen su erróneo “romanticismo”, sino que también, con una mayor conciencia metapoética del valor de la operación traductiva, se adopten versiones realizadas por argentinos, como es la magnífica traducción de ese mismo poema que hace algunos años realizara nuestro también admirado Enrique Butti.

Versiones que, por registro local, léxico y sensibilidad permitirán a nuestros jóvenes lectores descubrir toda la actualidad y verdad de esta voz que al decir de Calvino, no ha terminado de decir todo lo que todavía tiene para decir.

Bibliografía

CROLLA, A: “Il sentimento del contrario in Leopardi e Pirandello” Ponencia presentada en carácter de profesora invitada al Encuentro: “Leopardi nella città di Pirandello”, Agrigento, Sicilia, 20-22 de noviembre de 1998.